

La historia del anarquismo español: una encrucijada interpretativa nueva

Susanna Tavera

Universidad de Barcelona

No es la intención de este «Dossier», ni de este artículo introductorio, hacer «la historia» del anarquismo español. Faltaría espacio y la lectura podría resultar tediosa, sobre todo si se optara por aquellos aspectos muy manidos ya de su historia política. Sí lo es, en cambio, abordar los interrogantes historiográficos más recientes y establecer a partir de ellos los «procesos de formación» y características de los principales núcleos del movimiento libertario. Sobre todo, se pretende avanzar en el dibujo de las causas reales que pueblan las diferentes tradiciones que históricamente han diferenciado, pongamos por caso, a los anarquistas asturianos de los catalanes y a éstos de los andaluces o de los gallegos y que, además, han dado base a diferentes tendencias políticas libertarias dentro de todos y cada uno de los núcleos mencionados. Los estudios que integran el «Dossier» son plurales en las perspectivas políticas y metodológicas: unos más apegados a los planteamientos de la Historia Social, otros a los de la Historia Política, tienen en común la voluntad de alejarse de las perspectivas exclusivamente anarquistas o intra-anarquistas, si se prefiere, que han prevalecido en la memorialística y aportaciones documentales ácratas y que, en ocasiones, incluso han llegado a impregnar otro tipo de trabajos. Los criterios de diversidad utilizados en el diseño del «Dossier» pretenden capitalizar el impulso y desarrollo experimentados en las últimas décadas por los estudios regionales y locales, así como por los de la Historia de las Mujeres. Todos juntos establecen un análisis panorámico de un movimiento cuya

heterogeneidad y diversidad han sido unas de sus características sobresalientes y de cuya historia puede decirse que todavía es «inconclusa»¹. Es la lógica del pragmatismo de espacio y análisis la que ha guiado estos estudios por caminos que desearíamos no resultaran demasiado trillados. Otra cuestión es que, además, creemos que son adecuados para resolver algunos interrogantes que todavía planean sobre un tema que paradójicamente es -**junto** con el la Guerra Civil española- uno de los que más atención ha despertado en nuestra historia reciente.

La «pequeña-gran historia» del movimiento anarquista

La ruptura establecida por la Guerra Civil española y su desenlace marcó el futuro de la sociedad y la política españolas pero, también, el de las maneras de hacer su historia. Del ejercicio profesional y universitario desaparecieron temas y perspectivas, pero no así la atención dedicada a la historia del anarquismo. Desde las primeras décadas del régimen algún que otro autor, con fama de funcionario metido a historiador, publicó textos con la intención evidente de probar que los anarquistas habían atentado «contra» las esencias de España y se les debía responsabilizar del drama de la contienda civil, al igual que a otros sectores de la izquierda, aunque quizás menos que a ellos y, en especial, que a comunistas y catalanistas². Como es obvio, nada tenían que ver estas intenciones con las de los militantes anarquistas exilados que, tras el final de la Guerra, trataron de reempezar, principalmente en Francia, pero también en Sudamérica

¹ Un planteamiento de las dificultades de definición que se derivan de este hecho en PANIAGUA, X.: *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español, 1930-1939*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 13 Yss. La percepción acerca de la heterogeneidad y diversidad del anarquismo está presente asimismo en el artículo de BARRIO, Á.: «El anarquismo asturiano entre el sindicalismo y la política, 1890-1920», en este mismo Dossier, *in/ra*. Lo de «inconclusa» a partir de CASANOVA, J.: «Guerra y revolución: La edad de oro del anarquismo español», *Historia Social*, núm. 1, 1988, p. 74.

² El entrecomillado es del opúsculo de COMÍN COLOMER, E.: *El anarquismo contra España. De «La Mano Negra» a la huelga de «La Canadiense»*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1959. Del mismo autor y con idéntico sentido, *Historia del anarquismo español* [1952], Barcelona, AHR, 1956. También GARCÍA VENERO, M.: *Historia de los movimientos sindicales españoles, 1840-1933*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1961.

e, incluso, en el interior, la reorganización del movimiento y asimismo el mantenimiento de su memoria histórica. Dada la dispersión existente entre los núcleos del exilio y los del interior, las necesidades de coordinación política les correspondió a un puñado de militantes que corrían el peligro de caer en manos de la policía franquista o de las fuerzas alemanas que ocupaban Francia antes de la liberación. Pero, al igual que en etapas precedentes y de manera especial entonces, la relación también sería cosa de los periódicos y revistas que conseguían llegar hasta los militantes, especialmente de los que eran portavoces de CNT, FAI Y JLL, las tres ramas que integraban el MLE. Como siempre también, periodismo o publicismo eran inseparables de propaganda y buena parte de ésta ejemplificaba los argumentos del apoliticismo ácrata mediante la historia de la represión antirrevolucionaria que había diezmando y dispersado las fuerzas revolucionarias a lo largo de su historia y, muy especialmente, después de la Guerra Civil española. La contienda se convertiría desde entonces y gracias a una proximidad dramáticamente compartida por toda la militancia anarquista en «símbolo y ejemplo» de su «pequeña-gran historia»: les permitía demostrar perspectivas teóricas establecidas por las «ideas» y ejemplificar, además, las desviaciones morales intrínsecas a la actuación de toda fuerza política que, con sus aspiraciones a monopolizar el Estado, habían provocado las «tragedias del pueblo español»³.

Los asistentes al Congreso que el MLE-CNT organizó en Toulouse el otoño de 1947, el segundo del exilio, tuvieron presente la economía de beneficios que podía reportarle al movimiento un discurso político basado en esta «pequeña-gran historia». Por ello y aunque no se conozca el contenido de las discusiones en torno al tema que, entre otros, propuso José Peirats, allí se decidió editar una «historia de la revolución española»⁴. Se le hizo el correspondiente encargo a Antonio García Birlán «Dionysios», un conocido publicista anarquista, quien de momento lo aparcó. Mientras, Peirats,

³ «Símbolo y ejemplo» son expresiones tomadas del artículo que Georges HAUPT dedica a la Comuna de París (*L'historien et le mouvement social*, Paris, Maspero, 1980, pp. 45-76). La «pequeña-gran historia» es una derivación irónica del título de las memorias republicanas de Alejandro LERROUX (*La pequeña historia. Apuntes para la historia grande vividos y redactados por el autor*, Buenos Aires, Címera, 1945).

⁴ Para la génesis de *La CNT y la revolución española*, «José Peirats Valls. Una experiencia histórica del pensamiento libertario. Memorias y selección de artículos breves», *Suplementos Anthropos*, núm. 18, 1990, pp. 7-111.

nuevo secretario del MLE-CNT, tuvo que vérselas con los problemas de la escisión y, según él mismo, con los enfrentamientos generados por los fondos de la «apropiación directa», cuyo control se disputaban militantes convertidos, según sus propias palabras, en «una especie de nuevo Creso»⁵. Casi dos años más tarde, sería el propio Peirats quien retomaría la idea del libro, tras haber dejado el secretariado del MLE y trabajado en una granja de la Alta Garona durante un tiempo. Camino de las Landas, donde pensaba ganarse el jornal talando pinos, pasó por Toulouse y fue objeto de las presiones del secretario del comité local que, respaldado por el Comité Nacional de la CNT, prometía proporcionarle una retribución exigua pero regular. Peirats aceptó, no sin dejar constancia antes de que había plumas anarquistas más cualificadas que la suya, y se convirtió así en «historiador obrero»⁶. Este compromiso le situaba en la tradición iniciada por Anselmo Lorenzo y seguida por muchos otros militantes del internacionalismo obrero⁷. Al igual que ellos o que los que le seguirían, lo abordaba con un carácter «partidario» abiertamente confesado: «solamente pueden ser friamente objetivos quienes vieron la Guerra Civil española a través de las fichas bibliográficas Looj' y al pasar de *hacer* historia a tener que *escribirla* no se puede ser frígidamente objetivo»⁸.

Desencallado el proyecto, restaba poner manos a la obra. Peirats intentó contactar con Renée Lamberet, una profesora francesa de ideas libertarias, y con su compañero Bernardo Pou, un mallorquín que durante la Guerra había sido secretario de propaganda de la

⁵ *Ibidem*, pp. 95-100.

⁶ Condición análoga a la de los trabajadores «periodistas» que, después de que se adoptara en 1916 un funcionamiento retribuido en la redacción «Soli» barcelonesa, suplieron los ingresos del oficio con los del periodismo militante, pudiendo dedicarse íntegramente a hacer éste y otros diarios de la CNT, TAVERA, S.: *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarcosindicalista* (1915-1939), Barcelona, Diputación de Barcelona-Col.legi de Periodistes, 1992; y, también, «Revolucionarios, publicistas y bohemios: los periodistas anarquistas (1918-1936)», en HOFMANN, B.; JOAN i Tous, P., Y TIETZ, M. (eds.): *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1995, pp. 377-392.

⁷ Lorenzo había insistido en las introducciones a sendos volúmenes de *El proletariado militante* (1901 Y 1923) que su intención era «recoger datos para la historia», rescatándolos de la memoria para ponerlos «al servicio del historiador» (LORENZO, A.: *El proletariado militante. Memorias de un internacional*, 2 vols., Toulouse, MLE-CNT, 1946, vol. I, p. 11, y vol. II, p. 10).

⁸ PEIRATS, J.: *La CNT en la revolución española*, vol. 1, París, Ruedo Ibérico, 1971, p. 14.

CNT-FAI en Barcelona. Pero quienes más le ayudaron fueron anónimos correligionarios anarquistas que contestaron sus cuestionarios o le cedieron papeles y, sobre todo, Aristide Lapeyre, un anarquista francés discípulo de Sébastien Faure, que puso a su disposición una vasta colección de prensa militante. La química de esta colaboración quizás obedeciera a que Lapeyre había estado en Barcelona durante la Guerra, como responsable de la sección francesa de las Oficinas de Propaganda de CNT-FAI, distinguiéndose asimismo por su distanciamiento respecto a las líneas oficiales del gubernamentalismo anarquista⁹. Peirats, por su parte, también se había enfrentado al colaboracionismo gubernamental anarquista del período de guerra y, desde la dirección de *Acracia* de Lérida o desde sus colaboraciones en *Ideas* de Hospitalet del Llobregat, había responsabilizado a los principales comités de la CNT-FAI de que el movimiento iba deslizándose por una pendiente de traición a sus propias esencias revolucionarias¹⁰.

Peirats empezó *La CNT en la revolución española* en el invierno de 1949-1950; interrumpió el trabajo entre febrero y junio de 1952, los meses que pasó en la cárcel de Lyon acusado de complicidad en un robo; lo retomó el verano de ese último año y lo acabó en 1953. La obra habría de constar de tres volúmenes que se publicaron escalonadamente en Toulouse recogiendo todo el *élan* político del exilio, pero sin constituir un ejercicio de «patrística», el recurso que más abiertamente caracteriza todo discurso político anarquista y, principalmente, los comentarios de actualidad política publicados por el propio Peirats durante la Guerra Civil o anteriormente, en el mismo exilio¹¹ (la concepción de «patrística» a que me refiero aquí y que atribuyo a la publicística libertaria es la que constituye, según la *Enciclopedia Británica*) una corta y nada pretenciosa colección de

⁹ MAITRON, Jean: *Dictionaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français*, vol. 33, Paris, Éditions Ouvrières, 1985, pp. 241-242.

¹⁰ TAVERA, S., y UCELAY-DA CAL, E.: «Grupos de afinidad, disciplina bélica y periodismo libertario, 1936-1938», *Historia Contemporánea*, núm. 9, 1993, pp. 180 Y ss. También Peirats, Madrid, Fundación Salvador Seguí, 1989, p. 29, Y GARCÍA, V.: «José Peirats Valls: una bibliografía biografiada», *Anthropos*, núm. 102, 1989, pp. 14-25.

¹¹ *La CNT en la revolución española*, 3 vols., Toulouse, Ediciones CNT, 1952-1953. Ha sido reeditada en Buenos Aires - en este caso, sólo el primer volumen [(s. e.), 1956J-, en París (Ruedo Ibérico, 1971) y, finalmente, en Madrid-Cali (Columbia) (Madre Tierra, 1988).

escritos sobre la vida de Cristo, los Apóstoles y los mártires, que tienen en común la función de justificar la propia fe y definir dogmáticamente las propias creencias ¹²).

La CNT en la revolución española es un libro anarquista de historia, también anarquista, que se estructura según es habitual mediante el positivismo de datos congresuales y hemerográficos, organizados por intenciones políticas que son, sin embargo, más coyunturales que teórico-simbólicas, según señala el propio Peirats en las «memorias» que dejó escritas. Se trataba de una auténtica batalla historiográfica que tenía barricadas en el propio movimiento. Peirats y sectores libertarios afines a sus posiciones querían marcar distancias respecto al colaboracionismo republicano de la CNT (desde 1945 estaba representada en el gobierno Giralt por dos anarquistas, José Expósito Leiva y Horacio Martínez Prieto) que, propugnado desde el interior, también tenía adeptos en el exilio y estaba en la base de la escisión que el movimiento tenía planteada desde el mismo año 1945 ¹³. La obra navegaba, pues, hacia un nuevo desapego ideológico respecto al colaboracionismo anarquista por considerar nuevamente que era la consecuencia de hechos consumados que habrían de conducir inexorablemente hasta el fracaso y que, dada la experiencia previa, sería más grave, si cabe, que la anterior. El texto refleja además la vieja disputa establecida desde la Guerra Civil misma por comunistas y anarquistas, secundados éstos y aunque con sustanciales diferencias por los comunistas antistalinistas del POUM, cuando unos y otros se cruzaron mutuas acusaciones de haber sido los verdaderos reponsables de la bancarrota revolucionaria que había conducido, además, a la derrota frente a las tropas franquistas. El pleito tenía renovada vigencia después del final de la Segunda Guerra Mundial porque los libertarios se consideraron entonces nuevamente «desahuciados» ante los comunistas gracias a la situación internacional que, en palabras de Peirats, experimentaba una fase de «democratización europea» que coincidía con una nueva «ofensiva comunista» -en 1945 habían entrado en el gobierno de De Gaulle y en 1947 en el italiano- o con un reactualizado «principio de no intervención»,

¹² *The New Encyclopaedia Britannica*, vol. 9, Chicago, 1995, pp. 201-202.

¹³ Para la situación interna del movimiento, PAZ, Abel: *CNT) 1939-1951*, Barcelona, Hacer, 1982, pp. 145 Yss. También, LORENZO, C. M.: *Les anarchistes espagnols et le pouvoir) 1868-1969*, Paris, Seuil, 1969, pp. 353 Yss.

ya que contra todo pronóstico no se había registrado la ansiada caída del régimen de Franco¹⁴. La vigencia de estas tesis aseguraría su prolongación, como demuestran las reediciones inmediatamente posteriores de *La CNT en la revolución española* en el clima ideológico de Guerra Fría que refleja la recodificación de las interpretaciones «más o menos trotskistas» de la Guerra Civil española a cargo de los trabajos de Carlos Rama, Émile Témine y Pierre Broué o Burnett Bolloten, partidarios –al igual que anarquistas y comunistas antistalinistas del POUM– de la revolución como único valladar capaz de haber detenido el avance del fascismo y ganado la guerra¹⁵.

La línea historiográfica iniciada por Peirats en el exilio anarquista sería continuada en las décadas siguientes dentro y fuera de España. Entre otros conocidos militantes anarquistas, por Gómez Casas, «Juanel», Berruezo y Cipriano Damiano o Abel Paz¹⁶. Conscientes de la potencialidad movilizadora del discurso histórico, todos ellos han escrito, al igual que Peirats y con el apoyo en unos casos de los sectores oficiales del movimiento y en otros tan sólo con el de los militantes afines, historias políticas «intra-anarquistas» que respondían a idénticas aspiraciones u objetivos políticos y utilizaban parecidos recursos o ejercicios de mitificación. El resultado continuaba

¹⁴ Los entrecomillados corresponden a las «memorias» de Peirats, *Anthropos*, 18, 1990, p. 98, Y a *Los anarquistas en la crisis política española*, Buenos Aires, Alfa, 1964, p. 397.

¹⁵ La relación entre la guerra fría y las tesis historiográficas «más o menos trotskistas» en VEIGA, F.; UCELAY-DA CAL, E., y DUARTE, Á.: *La paz simulada. Una historia de la Guerre Fría, 1941-1991*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, p. 397.

¹⁶ De GÓMEZ CASAS, J.: *Historia del anarcosindicalismo español*, Santiago de Chile-Madrid, Zero, 1968; *Historia de la FA!. Aproximación a la historia de la organización específica del anarquismo. Sus antecedentes de la Alianza de la Democracia Socialista*, Madrid, Zero, 1977, y *Relanzamiento de la CNT, 1975-1979. Con un epílogo hasta la primavera de 1984*, París, Regional del Exterior-CNT, 1984. De BERRUEZO, J.: *Contribución a la historia de la CNT de España en el exilio*, México D. F., Editores Mexicanos Unidos, 1967. De ÁLBEROLA, O. y GRANSAC, A.: *El anarquismo español y la acción revolucionarla, 1961-1974*, París, Ruedo Ibérico, 1975. De DAMIANO, C.: *La resistencia libertaria. La lucha anarcosindicalista bajo el franquismo*, Barcelona, Bruquera, 1978. Y, finalmente, de PAZ, A.: *CNT, op. cit.*, así como sus numerosas versiones de la biografía de Durruti: *Durruti. Le Peuple en armes*, París, Éditions de la Tête de Feuilles, 1972; *Durruti*, Barcelona, Bruquera, 1978, y, finalmente, *Durruti en la revolución española*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1996. También, los trabajos de LORENZO, C. M.: *Les anarchistes espagnols et le pouvoir, 1868-1969*, París, Seuil, 1969, y el más reciente de ZAMBRANA, J.: *La alternativa libertaria. Catalunya, 1976-1979*, Badalona, Edicions Fet a Mà, 2000.

siendo por tanto semejante a los de la memorialística libertaria, pero redoblado por los mitos establecidos en las biografías de sus «titanicos» dirigentes y en las narraciones de sus pasadas empresas¹⁷. En conjunto, se trata de libros diseñados como armas arrojadas, dirigidos primariamente al consumo de simpatizantes y secundariamente al conjunto social, y utilizados, por tanto, en defensa de posturas políticas afines en las sucesivas crisis atravesadas por el movimiento del exilio y, luego, tras la reorganización de la CNT del interior, en las de los años 1976-1984¹⁸. Luego, a medida que avanzaba la transición democrática y se consumaba la escisión sindicalista entre CNT y CGT, la historiografía anarquista ha contrastado esta voluntad militante con la de contrarrestar los olvidos de la llamada «historia oficial» que es, en conjunto, cualquiera no anarquista y, especialmente, la profesional y académica. Según uno de los textos memorialísticos de Abel Paz, «pase lo que pase, el *otro* [los anarquistas] siempre vuelve. Y, en este caso, vuelve para ajustar cuentas con la Historia, para darnos noticia fidedigna de su existencia, de su tiempo. Precisamente ahora, un momento en que casi todo el mundo parece celebrar las mieles de la democracia al precio de L.] la desmemoria»¹⁹. De ahí, aunque con acentos e intensidad seguramente diversa a la preconizada por Abel Paz, los esfuerzos de institucionalización histórica y militante, notables cualitativa y cuantitativamente, realizados desde la década de los años ochenta mediante iniciativas que, como la creación de ateneos y fundaciones libertarias, han apelado al conjunto de la sociedad civil española y se han dedicado a la preservación de su patrimonio histórico, la edición o distribución de libros y revistas, así como a la organización de exposiciones y

¹⁷ Para la «potencialidad» política y movilizadora del «recuerdo histórico», RIVERA, A.: «El sindicalismo español: de la Dictadura a la Transición», en ARACIL, R., y SEGURA, T. (eds.): *Memoria de la Transició a Espanya i Catalunya*, vol. II, *Sindicalisme) genere i qüestió nacional*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2001, p. 18. La mitificación de la historia militante en HERNANDO, A.: «Tópicos, mitos, iconofilia y hagiografía del movimiento libertario», en *Suplemento Cuadernos de Ruedo Ibérico*) París-Barcelona, 1979, pp. 213-225.

¹⁸ Bajo el elocuente título colectivo *CNT. Ser o no ser*, dos certeros y militantes análisis de la crisis en GÓMEZ, F.: «Grandezas y miserias del movimiento libertario español hoy», y HERNANDO, A.: «Nuevas crisis/viejas causas: la reconstrucción de la CNT en Cataluña», *Suplemento Cuadernos de Ruedo Ibérico*) op. cit.) pp. 5-27 Y29-42, respectivamente.

¹⁹ El entrecomillado en PAZ, A.: *Viaje al pasado 0936-1939*), Barcelona, el autor, 1995, p. 12.

a una política regular de actos y encuentros culturales: entre otros de carácter más local, el centro de Documentación Histórico-Social/Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona (el CDHS fue creado en 1978 y a él se agregó en 1980 el reconstituido AEP); la Fundación Salvador Seguí -FSS-, con sedes en Barcelona, Valencia y Madrid, y la Fundación Anselmo Lorenzo -FAL- de Madrid ²⁰.

El *aggiornamento* profesional

En un entorno profesional, política y metodológicamente distinto, publicó Eric H. Hobsbawm, el conocido historiador comunista británico nacido en Alejandría y educado en Viena, *Primitive Rebels* (1959), un libro que pertenece al mismo ciclo que integran *Bandidos* (1969) Y *Capitán Swing* (1969), el estudio que este autor escribió con George Rudé ²¹. *Rebeldes primitivos* responde a la preocupación por la relación existente entre cultura política trabajadora y desarrollo económico o social, intereses que Hobsbawm compartía entonces con otros historiadores marxistas británicos de su misma generación. En su caso, tales intereses obedecían al convencimiento de que las fases descritas en su trayectoria inicial por la historia del movimiento obrero inglés, yendo de lo prepolítico a lo político, constituían una pauta a utilizar en el análisis de otros casos. Todo ello -en lenguaje marxista duro, praxis profesional y política- organizaba el sistema conceptual y analítico de *Rebeldes primitivos*) cuya atención por los anarquistas andaluces recogía, además, la inspiración ciertamente

²⁰ Para la historia reciente del CDHS-AEP, así como para sus orígenes en el AEP disuelto por las tropas de Franco, ArSA, F.: *Una historia de Barcelona. Ateneu Enciclopèdic Popular* (1902-1999), Barcelona, AEP-Virus, 2000. También la información facilitada por Manuel Aisa, 14 de enero de 2002. Para la FAL de Madrid, «La Fundación Anselmo Lorenzo: Qué es, cómo funciona, qué objetivos tiene. Situación actual y problemas con los que se encuentra», Madrid (s. f.), documento cuya consulta agradezco a Manuel Carlos Garda. Para la FSS, la información facilitada por Ángel Bosqued, su responsable en Barcelona, 12 de abril de 2002.

²¹ HOBBSAWM, E. J.: *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries* (1959), 3.^a ed., Manchester, Manchester University Press, 1971; *Bandits*, London, Weidenfeld & Nicholson, 1969. HOBBSAWM, E. J., YRUDÉ, G.: *Capitán Swing*, London, Lawrence & Wishart, 1969.

romántica de Brenan y su *The Spanish Labyrinth* (1943)²². Los argumentos de Hobsbawm no son, por tanto, simples: las posiciones revolucionarias de los anarquistas andaluces constituyen un ejemplo de «rebeldía espontánea» y «primitiva», «no política» y «milenario» dentro de un marco comparativo formado por movilizaciones sociales propias de áreas mediterráneas subdesarrolladas. En un marco tal, el rasero de «arcaísmo» o «falta de modernidad» correspondía a la distancia o contraste entre, por ejemplo, los campesinos andaluces y los *lazaretti* sicilianos, es decir, entre los movimientos apolíticos anarquistas y los políticos comunistas, considerados los últimos siempre como el estadio superior y más avanzado de organización revolucionaria. No discutiré la validez sociológica e, incluso, antropológica del análisis milenarista «hobsbawmiano», pero sí su capacidad de desvelar interpretaciones historiográficas válidas para el conjunto de los libertarios españoles, respecto a los cuales los del sur de España exteriorizaron semejanzas mucho más intensas que las que pudieran aproximarlos a cualquier otro movimiento primitivo de zonas igualmente atrasadas, aunque fueran mediterráneas. ¿Qué responder a las comentarios de un ácrata andaluz que contemplaba en mayo de 1931 los mismos incendios de iglesias malagueñas que Hobsbawm considera como «milenario» y «espontáneo» manifestaciones de la «pasión anarquista por quemar iglesias», si sabemos que tales acontecimientos formaban parte de un complot cuyo recurso al chantaje había sido perfectamente calculado por revolucionarios de toda España a fin de desbancar al gobierno provisional de la II República y provocar así un cambio político en favor de una república sindicalista?²³ Ni que decir tiene que, por más que el «milenario» pueda explicar la capacidad anarquista de enraizar en la cultura de

²² BRENNAN, G.: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*, París, Ruedo Ibérico, 1962. Aquí hemos extendido a HOBBSAWM el papel que jugó BRENNAN en la obra de los hispanistas y que Julián CASANOVA subraya en «Guerra Civil; ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, núm. 20, 1994, pp. 135-150. El tratamiento de BRENNAN como historiador romántico en ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Social Movements in Modern Spain: from de Pre-Civil War Model to Contemporary NSMs», en LARAÑA, E., y otros: *New Social Movements. From Ideology to Identity*, Philadelphia, Temple University Press, 1994, p. 308.

²³ El entrecomillado en HOBBSAWM, E. H.: *Rebeldes...*, op. cit., pp. 84-85. Para el complot, UCELAY-DA CAL, E., y TAVERA, S.: «Una revolución dentro de otra: la lógica insurreccional en la política española, 1924-1934», en AROSTEGUI, J. (ed.): *Violencia y política en España, Ayer*, núm. 13, 1994, pp. 115-146.

amplios sectores de las clases populares del sur de España, no responde a los interrogantes que preguntan por su exitosa habilidad para sostener un movimiento sindical y fabricar, además, respuestas revolucionarias a situaciones cambiantes basadas en el liderazgo de políticos nuevos, no siempre totalmente faltados de simpatías populares, incluso, en ámbitos del propio movimiento obrero organizado bajo el liderazgo anarcosindicalista ²⁴.

No es difícil establecer la relación entre las descripciones que Brenan puso en circulación -sobre todo, la de los anarquistas como «apóstoles» de una revolución cultural y política- y los argumentos «milenaristas» de Hobsbawm o la fascinación provocada en determinados hispanistas por la promoción cultural de las vanguardias político libertarias y la transformación que éstas trataron de poner al alcance de las clases populares ²⁵. Es necesario plantearse, sin embargo, que estas fascinaciones no han llegado con la misma intensidad hasta el conjunto de la historiografía española y que cuando, en los últimos años del franquismo, jóvenes historiadores como Albert Balcells, Miquel Izard, Josep Termes o Xavier Cuadrat se dedicaron a estudiar el anarcosindicalismo, retomando el camino iniciado por Casimir Martí unos años antes, lo hicieron con la voluntad explícita de poner las bases de una historia del movimiento obrero «normalizada» y profesional, aunque comprometida con el antifranquismo ²⁶. No debe buscarse, pues, una recepción rápida de los planteamientos de Hobsbawm en la historiografía del movimiento obrero

²⁴ HOBBSAWM aceptó la complejidad de sus argumentos pero sin variar lo sustancial en el prólogo a la tercera edición de *Rebeldes primitivos...*, *op. cit.*, 1971, pp. VII-XIII. Una discusión de estos argumentos en KAPLAN, T.: *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía. Capitalismo agrario y lucha de clases en la provincia de Cádiz, 1868-1903*, Barcelona, Crítica, 1977. Para la crítica del enfoque global de Kaplan, ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Sobre anarquismo y el movimiento obrero andaluz», *Estudios de Historia Social*, núms. 10-11, 1979, pp. 275-297.

²⁵ Entre las muestras más tempranas PÉREZ DE LA DEHESA, R. (estudio preliminar por): *La evolución de la filosofía en España. Federico Urales*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968.

²⁶ MARTÍ, C.: *Orígenes del anarquismo en Barcelona*, Barcelona, CEHI (Universidad de Barcelona), 1959; BALCELLS, A.: *El sindicalisme a Barcelona (1916-1923)*, Barcelona, Nova Terra, 1965; IZARD, M.: *Revolució industrial i obrerisme. Les «Tres Clases de Vapor» a Catalunya (1869-1913)*, Barcelona, Ariel, 1970; TERMES, J.: *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Ariel, 1972; CUADRAT, X.: *Socialismo y anarquismo en Cataluña. Los orígenes de la CNT*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1976.

español. El libro fue traducido en 1968 y su impacto debió tamizarse -caso de poder detectarse- a través del cristal de la nueva historia económica -especialmente, la catalana-, según la cual al atraso y estancamiento de la sociedad española le correspondía el de sus movimientos sociales más característicos²⁷. Para el resto, parece haber pasado inadvertida entonces.

La recuperación de la historia del movimiento obrero en el franquismo tardío obedecería, así pues, a la dinámica interna de la sociedad española y culminaría, en estrictos términos cuantitativos, después de 1975, cuando el inicio de la transición democrática y la obligatoriedad de la tesis de licenciatura incrementaron la nómina de trabajos -sólo una parte de ellos publicados- que se centraban de manera casi exclusiva en la historia política de la CNT durante la II República y la Guerra Civil, dos etapas «estrella» de la historia del movimiento obrero anarcosindicalista, con consecuencias que no eran totalmente opuestas ni diferentes a las generadas por la historia anarquista. En 1979, Josep Fontana expresó malestar respecto a una proliferación que comprometía los requerimientos mínimamente exigidos al trabajo historiográfico²⁸. Pero fue en 1981-1982 cuando, desde medios tan diversos como las revistas especializadas o incluso la prensa diaria, se insistió en que había llegado la hora de abandonar unas prácticas que convertían la historia del movimiento obrero -también, la del anarquismo- en la «crónica» de «heroicas gestas proletarias» protagonizadas por «sufridos santos obreros»²⁹.

²⁷ Una muestra del convencimiento en VICENS VIVES, J.: «El moviment obrerista català (1901-1939)», *Recerques*, núm. 7, 1978, pp. 9-31. La historia económica como vía a una nueva historia social en CASANOVA, J.: *La historia social y los historiadores ¿centenista o princesa?*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 161-162.

²⁸ Mesa redonda con la participación de Izard y Termes en la Fundació Miró de Barcelona, junio de 1979 (notas tomadas por la autora).

²⁹ El primero fue FUSI con su reivindicación de una historia política «objetivable» (FUSI, J. P.: *Política obrera en el País Vasco*) 1880-1923, Madrid, Turner, 1975, especialmente pp. 7-11, y, del mismo autor: «Algunas publicaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero», *Revista de Occidente*, núm. 123, Madrid, 1973, pp. 358-368). A continuación y desde una perspectiva comprometida con una historia no comunista, IZARD, M.: «Orígenes del movimiento obrero en España», en WAA: *Estudios sobre Historia de España. Obra homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, vol. 1, Madrid, UIMP, 1981, especialmente pp. 295-297. Desde una perspectiva no estatal, BARCELÓ, M.; RQUER, B. de, y UCELAY-DAL, E.: «Sobre la historiografía catalana», *L'Avenç*, núm. 50, junio de 1982, pp. 68-73. Finalmente y referido al conjunto de todo el Estado, ÁLVAREZ JUNCO, J., Y PÉREZ LEDESMA, M.: «Por una nueva ruptura

La crítica era del todo merecida, pero, a ojos no profanos, mezclaba elementos procedentes de coordenadas muy diversas cuya superposición se ha dejado sentir con intensidad variable en la timidez de los desarrollos de la historia social coetánea y, también, posterior. Como es obvio, eran muchas y variadas las cosas en entredicho. En primer lugar, todavía podía notarse la identificación cuasi automática entre presente político y pasado histórico que, en los casos más extremos, ya había transformado la historia de la Guerra en un verdadero «enfrentamiento civil» de militantes e historiadores de izquierdas ³⁰.

De manera análoga a la del combate librado en los dramáticos «*Fets de Maig*» de la retaguardia catalana, se habían enfrentado historiadores favorables a las tesis de anarquistas y comunistas antistalinistas del POUM –el Partido Obrero de Unificación Comunista– y otros que, por el contrario, preferían identificarse con las de los comunistas ³¹. Aunque el enfrentamiento era más visible en autores extranjeros: también había aquí quienes defendían la «obra constructiva de la revolución» pero esgrimían las mismas acusaciones cruzadas que los distintos sectores de la retaguardia política catalana, por poner un ejemplo, habían intercambiado respecto a la responsabilidad de la bancarrota revolucionaria y de la derrota final frente al fascismo ³². En segundo lugar, la reflexión crítica de los años ochenta también denotaba las limitaciones teóricas de una historiografía que, en el caso catalán, ha sido tildada de «frentepopulista» por su característico recurso a «un sincretismo» que combinaba influencias historiográficas catalanistas con posturas ideológicas revolucionarias de los años treinta y que empezaba a considerar llegado el momento de someterse a una normalización democrática nueva y definitiva,

en la historia del Movimiento Obrero», *El País*, núm. 137, 6 de julio de 1982, y, de los mismos autores, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, núm. 12, 1982, pp. 18-41.

³⁰ «L'histoire de la guerre civile ressemble pour beaucoup à la guerre civile elle même» son las palabras iniciales de la reciente tesis de François GOMCHEAU, *Répression et Ordre Public en Catalogne pendant la Guerre Civile 0936-1939*, 3 vols., Paris, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001.

³¹ *Supra*, nota 15. También JACKSON, G.: *La República española y la Guerra Civil, 1931-1939* (1965), México D. F., Editora Americana, 1967.

³² MARTÍNEZ FROL, D., y TAVERA GARCÍA, S.: «Corporativismo y revolución: los límites de las utopías proletarias en Cataluña (1936-1939)», *Histon'a Social*, núm. 32, 1998, pp. 53-54.

aunque de contenido todavía incierto ³³. Todo ello cabalgaba asimismo sobre los inicios de una reacción contra determinados esquematismos marxistas que Pérez Ledesma y Álvarez Junco supieron resumir convincentemente mediante un característico juego de saltos retóricos, habituales en la historiografía sobre el movimiento obrero: de la «historia social de las clases populares» a la del «proletariado industrial», de éste al «movimiento obrero que es su expresión natural», de ahí al «partido» y de éste al «aparato» para llegar luego al «líder supremo» ³⁴. En resumen, se insistía en que se había confundido la historia social de los trabajadores con una historia exclusivamente política del movimiento obrero y quedaba por delante una larga tarea de puntualización y desbroce que habría de afectar de manera muy directa a un área que, como la de la historia del anarquismo, puede resultar adicionalmente complicada por las confusiones que -como hemos visto y veremos- genera el discurso militante ácrata con sus particulares codificaciones ideológicas de obrerismo sindicalista y militancia anarcosindicalista ³⁵.

Si la denuncia de crisis fue compartida por historiadores de distintas tendencias historiográficas y políticas, no ocurrió así con el contenido de la reformulación exigida. Podían vislumbrarse predilecciones por una historia política del movimiento obrero refrescada por un adecuado ejercicio profesional y también inclinaciones hacia una historia social renovada por las influencias del marxismo revisionista británico y de la llamada People's History -cabría recordar aquí los entusiasmos que generaron sendas y sucesivas visitas a Barcelona de Edward P. Thompson y Raphael Samuel- ³⁶. Trabajos posteriores, principalmente de Pérez Ledesma, han mostrado la contraposición implícita en tales preferencias estableciendo que a lo que

³³ «La historiografía dels anys 60 i 70: marxisme, nacionalisme i mercat cultural», en *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1991 (tomo el entrecomillado de la traducción castellana: *Historia y Crítica*, 1, 1991, p. 135).

³⁴ «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *ato cit.*, p. 27.

³⁵ Especialmente clara es la distinción realizada por la introducción de SHUBERT, A.: «Autobiografía obrera e historia social», *Historia Social*, núm. 6, 1990, pp. 141 Yss.

³⁶ FONTANA, J., YUCELAY-DA CAL, E.: «Sobre historia, socialisme, lluita de classes i pau. Conversa amb E. P. Thompson», *L'Avenç*, núm. 74, septiembre de 1984, pp. 72-78, y, de los mismos autores, «Els History Workshop, una historia de classe. Conversa amb Raphael Samuel», *L'Avenç*, núm. 89, enero de 1986, pp. 56-68.

al menos una parte de los críticos aspiraba en 1982 era a estudios en los que el concepto de clase no debía ser una realidad económicamente determinada y sí una representación cultural definida por procesos históricos específicos, semejantes a los estudiados por Thompson³⁷.

Más difícil resulta evaluar las consecuencias que estos planteamientos de crisis hayan podido tener y si llegaron a traducirse en una delimitación entre historia social e historia política, con el consiguiente avance de la última en la distinción entre movimiento sindical o anarcosindicalismo y anarquismo, entre militantes anarquistas y adherentes sindicales, dos temas relacionados con lo que aquí nos ocupa. A nivel estrictamente universitario, el interés por estos temas experimentó un frenazo cuando las tesis dejaron de ser obligatorias y la falta de su apoyatura redujo el número de tesis acabadas. A nivel editorial, continuó a ritmo constante la aparición de trabajos, unos «nuevos», otros «novísimos», respondiendo esta diferenciación a una estricta percepción cronológica y para indicar en los últimos, sobre todo, una mayor inclinación o identificación con los objetivos de la historia y los historiadores anarquistas. Los temas predilectos han sido la formación y desarrollo regional del anarcosindicalismo contemporáneo, su papel en las movilizaciones rurales, sus relaciones internacionales, los procesos revolucionarios del período de Guerra Civil o, finalmente, literatura, prensa y periodismo libertarios³⁸. Sin

³⁷ Para la simplificación marxista ver ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Social Movements...», arto cit., p. 305. Para la atracción «thompsiana» PÉREZ LEDESMA, M.: «La formación de la clase obrera. Una creación cultural», en CRUZ, R., Y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 201-234.

³⁸ Primero, los artículos de Pere GABRIEL, Eulalia VEGA y Julián CASANOVA, que integran el Dossier «Anarquismo y Sindicalismo», en *Historia Social*, núm. 1, 1988, pp. 45-76. Luego y sin intención exhaustiva, ABELLÓ, T.: *Les relacions internacionals de l'anarquisme català* (1881-1914), Barcelona, Edicions 62, 1987; BARRIO, A.: *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias* (1890-1936), Madrid, Siglo XXI, 1988; BERNECKER, W. L.: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 1982; BOSCH, A.: *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País valenciano, 1936-1939*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1983; CASANOVA, J.: *Anarquismo y revolución en la sociedad aragonesa, 1936-1938*, Madrid, Siglo XXI, 1985, y *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica, 1997; DIEZ, X.: *Utopia sexual a la prensa anarquista de Catalunya*, Lérida, Pagés Editor, 2001; GUTIÉRREZ MALINA, J. L.: *La idea revolucionaria. El anarquismo organizado en Andalucía y Cádiz durante los años treinta*, Madrid, Madre Tierra, 1993; LITVACK, L.: *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del*

embargo, las publicaciones sobre anarquismo y, en general, las de la historia del movimiento obrero han llegado a sus cotas más bajas después de 1995 como un reflejo de las transformaciones políticas internacionales y, sobre todo, de la crisis de confianza revolucionaria que ha despertado el hundimiento de la Unión Soviética, no habiéndose exteriorizado todavía los beneficios historiográficos que a este tema puedan reportarle los nuevos movimientos sociales y, sobre todo, los de antiglobalización. Si esta pérdida de protagonismo en la historiografía española postfranquista no se relaciona directamente con los interrogantes que la crítica examinada antes comportaba, ¿dónde ha ido a parar su influencia? y ¿dónde pueden apreciarse sus efectos?

Aunque haya ganado adeptos, es evidente que el lanzamiento de una nueva historia social de las identidades colectivas definidas en base al trabajo, la nación o la raza, así como el estudio de las mentalidades colectivas a través del ocio o la sexualidad y la familia o las prácticas religiosas, ha sido destacada pero parcial, visible solamente en determinados historiadores y campos historiográficos³⁹. Sin embargo, nadie discute ahora ya que la reflexión sobre la situación de los obreros, que desde 1870 se sumaron a la Federación Regional Española de la I Internacional, así como sus sostenidas reivindicaciones y movilizaciones, deba formar parte del conjunto de «acontecimientos dispares y aparentemente inconexos tanto en el terreno material de la experiencia como en el de la conciencia» que, siguiendo la pauta de Thompson, configuran el proceso de formación y desarrollo de la clase obrera española a partir de experiencias decididamente

anarquismo español (1880-1913), Barcelona, Bosch, 1981, y *La mirada roja. Estética y arte del anarquismo español*, Barcelona, Serbal, 1988; NAVARRO, F. J.: «El paraíso de la razón». *La revista Estudios (1928-1937)* y *el mundo cultural anarquista*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1977; PEREIRA, D.: *A CNT na Calicia, 1922-1936*, Santiago (La Coruña), Laiovento, 1994; SIGUÁN, M.: *Literatura popular libertaria (1925-1938)*, Barcelona, Península, 1981; TAVERA, S.: *Solidaridad Obrera...*, *op. cit.*, y, finalmente, VEGA, E.: *El trentisme a Catalunya. Divergencies ideològiques en la CNT (1930-1933)*, Barcelona, Curial, 1980, y *Anarquistas y sindicalistas, 1931-1936*, Valencia, Alfons el Magnanim, 1987. También la más reciente *Antología documental del anarquismo español*, por F. MADRID YC. VENZA (coords.), vol. 1, Madrid, FAL, 2001.

³⁹ Una visión general en «El secano español» de CASANOVA, J. (*La historia social y...*, *op. cit.*, pp. 159-166). También GABRIEL, P.: «A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea», *Historia Social*, 22, 1995, pp. 43-53.

«desiguales» y de identidades propias⁴⁰. Tampoco se cuestiona la utilidad del diálogo con otras disciplinas sociales o que, a la luz de estudios de sociología o psicología social, las experiencias «desiguales» de estos trabajadores, en especial las de los obreros anarcosindicalistas y las mujeres anarquistas, deban incluirse, en los procesos de construcción histórica de las identidades obreras que tan eficazmente ha estudiado, en el caso de las mujeres que lucharon contra el fascismo, Mary Nash⁴¹.

La naturaleza del movimiento anarquista, un interrogante pendiente

Estableciendo de entrada la legitimidad de todo tipo de enfoque historiográfico -no su utilidad- y para avanzar en el estudio del movimiento anarquista en general y, sobre todo, en el de su verdadera naturaleza histórica ¿no deberíamos invertir las vías de reflexión y centrarnos en aquellos aspectos pendientes o inconclusos todavía de una realidad cuyas dinámicas fundamentales sólo han sido objeto de reflexiones parciales y han estado viciadas por el peso que mitomanías de diverso tipo conservan e, incluso, han incrementado en los últimos años? Casualmente, se recordaba en la prensa catalana hace tan sólo unos meses que, a partir de 1931, los obreros catalanes repartieron sus preferencias militantes entre los sindicatos de la CNT y la Esquerra Republicana de Catalunya, el partido populista creado aquel mismo año con el visto bueno de al menos una parte de la militancia anarcosindicalista catalana⁴². Señalaba con cierta carga de profundidad ese mismo artículo que en la indiferencia mostrada por algunos historiadores ante estos hechos redundan tanto la incompreensión de los hispanistas como los apriorismos de los historiadores del Estado español. En efecto, dejando aparte implicaciones no estrictamente historiográficas de este comentario periodístico, cabe retener

⁴⁰ El entrecomillado en THOMPSON, E. P.: *The making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin Books, 1968, p. 9 (traducción de STG).

⁴¹ NASH, M.: *Rojas. Las mujeres republicanas en la guen-a civil* (1995), Madrid, Taurus, 1999. Para la consideración «desigual», NASH, N., y TAVERA, S.: *Experiencias Desiguales: Conflictos Sociales y Respuestas Colectivas (Siglo XIX)*, Madrid, Editorial Síntesis, 1994.

⁴² TAVERA, S., y UCELAY-DA CAL, E.: «Conversa amb Sebastia Clara, un líder cenetista català», *L'Avenç*, núm. 6, octubre de 1997, pp. 11-18.

la necesidad de abandonar apriorismos políticos de todo signo y abordar que el anarquismo ha sido y es un movimiento de naturaleza «heterogénea» y relativamente «diversa», lo cual no lo distingue en sentido estricto de otros movimientos sociales, pero nos plantea interrogantes muy concretos, incontestados aún, acerca de las dinámicas que tal diversidad genera y a la cual ya nos hemos referido en la introducción de este mismo artículo. José Álvarez Junco, y otros autores antes que él, han insistido en que la idiosincrasia y el talante individual de «dirigentes y participantes» es uno de los elementos que han influido en la naturaleza de los movimientos sociales en España y, consecuentemente, también en la del anarquista, potenciando su diversidad⁴³. Cabe añadir, sin embargo, que el individualismo anarquista operaba en un conglomerado cuyas características eran en sí mismas intrasferibles a otros movimientos. En sentido amplio y durante las épocas anteriores a la Guerra Civil o a lo largo de la misma contienda tal conglomerado podía repartirse, primero, en sindicatos y federaciones locales, comarcales o regionales, así como en comités pro-presos y organismos de defensa de la CNT; segundo, en grupos de afinidad y acción específica, así como en multitud de escuelas y ateneos adheridos, más o menos formalmente, a la Federación Anarquista Ibérica o a las Juventudes Libertarias y a Mujeres Libres. Tal diversidad organizativa respondía a una división social de las funciones revolucionarias, que se había ido estableciendo mediante precisas trayectorias históricas desde 1870 y a lo largo de concretos altibajos que posteriormente afectaron tanto al anarcosindicalismo como a la acción específica de los militantes anarquistas. Es evidente, además, que a tal mosaico debe sumarse, en palabras de López de Estudillo, la multiplicidad diferenciada de corrientes, estrategias y doctrinas emancipadoras que son asimismo fiel reflejo de la historia del movimiento y de sus etapas. Pues bien, tal diversidad política y organizativa es la que consolidó la estructura grupal del movimiento anarquista español y ésta, a su vez, la que aseguró el funcionamiento y la especialización del conglomerado descrito más arriba. A nadie debe escapársele que en 1936 los grupos eran decisivos en la FAL, una organización que no era en sentido estricto más que una coordinadora, como también lo eran las Juventudes o Mujeres Libres, las otras dos organizaciones libertarias que

⁴³ ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Social movements...», arto cit., pp. 304-305.

se asemejaban más a la FA! que a la CNT. Pero puede que resulte más difícil apreciar que los grupos también eran decisivos en el caso de la CNT. Ucelay-Da Cal y yo misma hemos insistido en que sus elementos dirigentes «de arriba a abajo pertenecían a *grupos de afinidad* que, según los casos, podían desdoblarse en comités sindicales o fraccionarse en subunidades: *grupos de acción* para disparar tiros, núcleos de ocio para practicar el naturismo, salir al campo o aprender el esperanto»⁴⁴. Cabe añadir que estos grupos se distinguían entre sí no sólo por la función de su afinidad -sindical, propagandística o de acción-, sino también por sus relaciones dentro y fuera del movimiento o por el color y acento de sus aspiraciones políticas. Estas últimas podían ir desde el anarcosindicalismo hasta todas las variedades de individualismo ácrata, incluido el antisindical, y podían insistir tanto en el utopismo urbano como en el comunismo rural. De hecho, la diversidad ideológica y de relaciones políticas, implícita en la estructura grupal, es uno de los elementos que mejor explica los enfrentamientos, escisiones y problemas políticos que, surgidos en el movimiento durante la II República, culminaron en la Guerra Civil a pesar de que la unidad anarcosindicalista ya había sido rehecha en términos sindicales por el Congreso de la CNT de mayo de 1936, antes por tanto del golpe militar.

Si las dinámicas políticas grupales y la diversidad ideológica constituían un lastre de capacidad centrifugadora implícita, deberíamos preguntarnos cuáles son los elementos que al mismo tiempo eran capaces de contrarrestar tal capacidad disgregadora y de qué manera consiguió afianzar su influencia la relativa unidad del movimiento. Álvarez Junco en el mismo artículo mencionado antes recuerda que era la cultura política y la autopercepción de dirigentes y militantes obreros la que, dada «la organización y grado de desarrollo del Estado» español, les inducía a un determinado tipo de lucha política. En efecto, la diversidad de los anarquistas era interna, pero aparecía recubierta por un discurso que se basaba en una autopercepción colectiva -de enfrentamiento a la política y el Estado o de acción directa frente al capital- que a falta de estudios sobre otros nexos políticos, hoy por hoy hipotéticos todavía, puede ser identificada como uno de sus principales elementos unificadores. Los mismos grupos de afinidad -póngase por caso el formado por la familia Urales-,

⁴⁴ TAVERA, S., y UCELAY-DA CAL, E.: «Grupos de afinidad...», art. cit., pp. 167-168.

que antes de la II República habían vociferado contra tirios y troyanos en defensa de la ortodoxia individualista y contra la del sindicalismo, utilizaron una y otra vez sus publicaciones como tribuna desde la que mantener las distancias entre los planteamientos ácratas y los de los «otros», es decir, de los «no anarquistas», que aceptaban el ejercicio de la política y aspiraban a participar en él⁴⁵. Por ello pueda parecer a veces que en una misma publicación libertaria se sostengan posiciones diferenciadas e incluso contrapuestas, pero que éstas se conviertan en una defensa unívoca del conjunto formado por los correligionarios frente a los que no lo son.

En efecto, al mismo tiempo que el discurso libertario definía la unidad interna y acentuaba la diferencia externa -función común a todo discurso político-, recurría a argumentos que, de hecho, constituyen una densa nebulosa en torno a la verdadera naturaleza del movimiento y a las relaciones preponderantes en el conjunto. La retórica libertaria ha defendido siempre que si los anarquistas fueron capaces de asegurar su hegemonía en determinados sectores del movimiento obrero español y, en especial, del catalán, es porque la identificación entre clase obrera e ideales ácratas era tan intensa que por sí sola explica la atracción que tales «ideas» ejercían sobre los trabajadores. Sin embargo, los estudios de Pere Gabriel muestran que la tradición del societarismo obrero, así como la necesidad que los trabajadores catalanes experimentaban de estar sindicados y defenderse colectivamente, eran los elementos que habían fomentado dicho atractivo⁴⁶. Este hecho y la percepción que de él pudieran haber tenido sus coetáneos no invalidó el discurso ácrata. Si éste pudo, por el contrario, mantenerse e, incluso, reafirmarse, es porque era precisamente la presencia sindical la que daba a la vanguardia anarquista -hasta a los más tibios- la fuerza y presencia que le permitía confundirse con el conjunto de las masas populares. Es, de hecho, la urgencia de tal necesidad la que explica la presión ejercida por

⁴⁵ Una exposición, que no sistematización de estas ideas, en la serie de artículos que URALES publicó bajo el título «Sindicalismo, Anarcosindicalismo y Anarquismo» en 1933 (*La Revista Blanca*, núms. 245-252), reproducidos en ÁLVAREZ JUNCO, J., y TAVERA, S.: «Federico Urales o el publicismo como militancia anarquista», en ÁNTON, J., y CAMINAL, M. (coords.): *Pensamiento Político Español Contemporáneo (1800-1950)*, Barcelona, 1992, pp. 532-553.

⁴⁶ Cito a través de UCELAY-DA CAL, E.: *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en la Catalunya republicana (1931-1939)*, Barcelona, La Magrana, 1982, p.102.

los diversos sectores del anarquismo no sólo para promover la acción de los sindicatos confederales en la dirección política más acorde con sus planteamientos, sino también para incorporar su propia versión de la utopía libertaria a las definiciones programáticas de la CNT.

Unidad y diversidad anarquista eran fenómenos que, redoblados por la complejidad de las dinámicas sindicales, dificultaron el equilibrio incluso en momentos de crecimiento sindical acelerado, y especialmente en los de contracción o retroceso. Estas dificultades se dejarían sentir tras el Congreso de Sans a corto y medio plazo. El triunfalismo reinante entonces puede entenderse porque la iniciativa partía de una CNT renovada, que había crecido durante los años de la Primera Guerra Mundial en un marco regional que se consideraba propio desde los tiempos del internacionalismo decimonónico y que desde 1916 reclamaba en abierta disputa política tanto con los políticos de la Lliga como con la Mancomunidad catalana de Diputaciones. De hecho, puede hablarse en junio-julio de 1918, dos años después de haberse creado la Mancomunidad catalana, de impulsos obreristas análogos a los que, recogiendo el ejemplo de la «Solidaritat Catalana», la habían convertido en la Solidaridad Obrera. Esta vez se procedería a una refundación de la Regional catalana de la CNT, que así expresaba su aspiración a transformarse en un «contra-poder» sindical que, basado en el modelo utópico de los obreros manuales, el sector que lideraban los Sindicatos Únicos, debía sustituir el conjunto del orden social burgués. La versión anarcosindicalista era paralela, aunque no equivalente, a otros modelos de Estado corporativo gestados en la Europa de entreguerras. Como resumiría Joan Peiró diez años más tarde en el periódico catalanista *L'Opinió* «destruït el capitalisme i l'estat, obtinguda pel poble la possessió dels mitjans de producció, canvi i transport, el problema més gran, potser l'únic problema, és el d'organitzar la producció i la seva distribució; i aixó està més a les mans de les organitzacions sindicals que no pas a les de cap partit, per partit de classe que vulgui dir-se»⁴⁷. Sin embargo, es lógico que aquellos sectores de la militancia anarquista contrarios al sindicalismo y en sentido estricto alejados del obrerismo manual, por lo que ni tan siquiera estaban sindicados, se sintieran incómodos

⁴⁷ PEIRÓ, J.: «Paraules d'aclariment i d'afirmació», 3 de noviembre de 1918, en *Escrits, 1917-1939*, recopilación e introducción de P. GABRIEL, Barcelona, 1975, pp. 153-156.

ante el diseño de una «utopía» que no les representaba plenamente y que, además, les colocaba en situación de competencia respecto a un conjunto de tendencias obreristas que se diversificaba cada vez más con el influjo de la Revolución Rusa y la incorporación confederal a la Internacional Roja. Un año más tarde, en 1919, la definición explícitamente anarquista adoptada por el Congreso de la Comedia de Madrid sirvió para capear el temporal. Pero la disyuntiva estaba planteada ya cuando la crisis de los años 1919-1923, «quan mataven pels carrers», ahogó la expansión sindical de los años precedentes y a partir de mayo de 1924, cuando la Dictadura de Primo de Rivera declaró ilegal a la CNT e intensificó la persecución de los anarquistas⁴⁸.

Aunque fuera como malestar de fondo, el problema continuó vigente a lo largo de toda la Dictadura, enarreció las relaciones entre los restos de la militancia anarcosindicalista y la familia Urales, uno de los sectores antisindicalistas que más podían dejarse sentir, ya que habían retomado la edición de *La Revista Blanca* en junio de 1923 y la continuarían durante todo el período. La disparidad afloró en el conflicto que enfrentó en 1926-1928 a los Urales -encargados como mínimo desde 1925 de recoger fondos para los presos- y al Comité Nacional de la CNT, que defendía la exclusiva competencia en este terreno de los comités creados a tal efecto por los núcleos todavía existentes de anarcosindicalistas y, en definitiva, la suya propia⁴⁹. Las diferencias entre anarcosindicalistas e individualistas libertarios no sindicalistas también tuvieron, como es lógico, desarrollo y visibilidad intensos, aunque con otros protagonistas, entre ellos los núcleos de anarquistas españoles que militaban en la FORA argentina, en las discusiones y el debate que acompañó a la creación de la FAI⁵⁰. Fueron igualmente operativas estas diferencias en agosto de 1930, cuando se reorganizó la CNT; pero más aún, en abril-mayo

⁴⁸ GABRIEL, P.: *Classe obrera i sindicats a Catalunya, 1903-1920*, Tesis Doctoral, Universitat de Barcelona, 1981, y «Eren temps de sindicats. Reconsideracions a l'entorn de 1917-1923», *L'Avenç*, núm. 192, 1995, pp. 14-17.

⁴⁹ ABELLÓ, T., y OLIVÉ, E.: «El conflicto entre la CNT y la familia Urales-Montseny en 1928, a por el mantenimiento del anarquismo puro», *Estudios de Historia Social*, núms. 32-33, 1985, pp. 317-332.

⁵⁰ ELORZA, A.: «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923-1930). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica (I)», *Revista de Trabajo*, núms. 39-40, 1972, pp. 123-477, Y del mismo autor, «La CNT bajo la Dictadura (1923-1930) (II)», *Revista de Trabajo*, núms. 44-45, 1973-1974, pp. 311-617.

de 1931, cuando regresaron los anarquistas que todavía estaban exilados y éstos, junto con algunos componentes de los grupos de acción que habían permanecido en el interior, trataron de potenciar su propia línea insurreccional mediante las relaciones establecidas durante el período «primorriverista» con militares rebeldes como Ramón Franco y grupos de republicanos extremistas. Según los sectores anarcosindicalistas moderados, representados en los principales comités confederales, un insurreccionalismo tal respondía a una impaciencia ajena al *tempus* revolucionario estricto, ya que, de hecho, comprometería -como así fue- el desarrollo de unos sindicatos que, según la utopía de al menos una parte de los dirigentes de la CNT, eran los futuros protagonistas del contra-poder en que debía basarse su república sindicalista si era capaz de desbancar a la del 14 de abril⁵¹.

Pero no es sólo la dinámica insurreccional de los tiempos republicanos la que responde a estilos que datan del período «primorriverista» y cuyo estudio debe por tanto retrotraerse; lo mismo ocurre, aunque con un calendario ligeramente distinto, con los enfrentamientos personales e ideológicos que afloraron en los primeros meses republicanos y que tanto afectaron al discurso ácrata y a su capacidad unificadora. Se ha estudiado la dinámica que condujo a la ruptura del equilibrio confederal y a la escisión de la militancia anarcosindicalista como si se tratara de un asunto generado por las distintas expectativas que la República generó entre militantes confederales⁵². Cabe, sin embargo, entender que esas diferencias personales e ideológicas tenían un origen anterior y que su estudio también debe retrotraerse hasta sus orígenes, en este caso, por lo menos, a los años de crisis confederal que precedieron a la Dictadura de Primo y a la pugna por conseguir que la organización de masas reflejara u olvidara la pluralidad de tendencias sindicalistas y anarquistas como, asimismo, sus correspondientes utopías. Sólo así pueden entenderse varias situaciones encadenadas ocurridas en los primeros tiempos republicanos: la intensidad con que en junio de 1931 se discutió en el Congreso del Conservatorio de Madrid el proyecto de las Federaciones Nacionales de Industria -expresión retomada de la utopía sindicalista- y la desolación que las críticas a tal proyecto produjeron en Pestaña, quien -según un delegado sindical- no pudo contener

⁵¹ Ver UCELAY-DA CAL, E., y TAVERA, S.: «Una revolución dentro...», arto cito

⁵² *Ibidem*, pp. 115-116.

el llanto⁵³. En segundo lugar, el acercamiento detectado en las sesiones de ese mismo comicio sindical entre los militantes de los grupos de acción más representativos –en concreto, García Olíver de los Solídarios– y los antisindicalistas estrictos que no eran trabajadores manuales (Federica Montseny, la hija de Urales, por ejemplo, se incorporó al Sindicato de Oficios Varios de la población cercana a Barcelona en que vivían y esto permitió, luego, que padre e hija metamorfosearan su publicismo individualista en militancia del Sindicato Único de Profesiones Liberales de la misma Barcelona)⁵⁴. Fue, sin embargo, la superación del conflicto entre anarquistas la que años más tarde, en mayo de 1936, nos da la clave de que cualquier restablecimiento del equilibrio pasaba no sólo por la reincorporación a la CNT de los militantes y sindicatos separados –fuera quedarían definitivamente los dirigidos por comunistas antistalinistas–, sino también por el reconocimiento de la diversidad y heterogeneidad del conjunto de utopías libertarias, desde la estrictamente sindical, propia de los trabajadores manuales, hasta la comunalista, bajo cuyo paraguas ideológico podrían sentirse más cómodos los cenetistas de pasado antisindical y biografía personal apegada tanto a pequeños núcleos urbanos como a la hipotética independencia económica de la «casetta i l'hortet» que tanto predicamento tenía entonces⁵⁵. La unidad era, de nuevo, un equilibrio inestable que el discurso debía encargarse de reconstruir con el recurso, en este tema concreto, a la defensa del Dictamen sobre el Comunismo Libertario que el Congreso de Zaragoza aprobó⁵⁶. Quizás fuera la desproporción de la tarea asumida lo que irritó tanto a García Oliver, un militante con sentido político agudo, consciente por tanto de que una mera decisión congresual no podía eliminar diferencias

⁵³ BUESO, A.: *Recuerdos de un cenetista*, II, *De la segunda república al final de la Guerra Civil*, Barcelona, 1978, pp. 35-41.

⁵⁴ TAVERA, S., y VEGA, E.: «L'afiliació sindical a la CRT de Catalunya: Entre l'euforia revolucionaria i l'ensulsiada confederal», *Col·loqui Internacional «Revolució i Socialisme»*. *Bicentenari de la Revolució Francesa (1789-1989)*. *Primer centenari dona Internacional (889-1989)*, vol. II, *Comunicacions*, Barcelona, 1990, pp. 343 Yss. También VEGA, E.: *El trentisme a Catalunya. Divergencies ideològiques en la CNT (1930-1933)*, Barcelona, 1980.

⁵⁵ ÁLVAREZ JUNCO, J., y TAVERA, S.: «Federico Urales o el publicismo...», art. cit., pp. 525-527.

⁵⁶ ELORZA, A.: *La utopía anarquista bajo la Segunda República Española*, Madrid, 1973, pp. 366-370, y, en general, PANIAGUA, X.: *La sociedad.*, op. cit.

tan enraizadas y de que éstas tornarían a aflorar⁵⁷. A la historia le corresponde por tanto no minimizarlas e incorporarlas a su estudio sistematizándolas, lo cual no es exactamente igual en éste, ni en cualquier otro movimiento social, a dotarlo de más coherencia que la que pudo haber tenido.

⁵⁷ GARCÍA OLNER, J.: *El eco de los pasos*, París, 1978, pp. 137 y ss.

